

menterio de S. Sebastian, aunque no pasaba en él mas que las noches. Por lo demas, este santo lugar nada tenia de lúgubre para él; porque Dios le colmaba allí de dulzuras, inundándolo con tal torrente de delicias, que no pudiendo ya Felipe soportarlas, exclamaba: “Basta, Señor, basta; contened os ruego el torrente de vuestras gracias.” Facil es comprender despues de esto, como podia decir en sus sermones estas palabras enigmáticas para las gentes del mundo: “Cuesta trabajo á los que aman á Dios soportar la vida, que es para ellos un tormento; y por esto es que llaman á la muerte con una ansia que no puede imaginarse.” Porque, á la verdad, ¿no es en efecto un suplicio amar ardientemente y no poder gozar del objeto amado? Cierto es que en ese estado hay dulzuras y consuelos inefables; pero concedidos estos á medida de la humana debilidad, en lugar de contentar sus deseos no hacen mas que irritarlos, pagándolos despues caramente á causa de las amargas desolaciones que se siguen. Esto es lo que acontecia al siervo de Dios, á quien atormentaba el demonio en proporcion de lo que el Señor lo favorecia.

Yendo un dia á la iglesia de S. Juan de Letran, se le apareció el genio del mal bajo la figura de una muger deshonesta, é hizo levantar en su fantasía imágenes análogas á lo que acababan de ver sus ojos. Esta tentacion, de la que no tenia aun experiencia alguna, le causó desde luego es-

tremada sorpresa; pero conociendo inmediatamente la malicia del espíritu impuro, oró, y se desvaneció la ilusion. Otra vez pasaba de noche cerca de la iglesia de S. Sebastian, á donde segun su costumbre iba á hacer oracion, y de unas ruinas cercanas á aquel templo le salieron al encuentro tres horribles espectros con un aire amenazador. Comprendió el santo al momento que eran demonios, y lleno de confianza en Dios, continuó su camino echándoles una mirada de desprecio, con la que los hizo desaparecer. Es muy probable que este santo hombre hubiera podido contar muchos hechos semejantes; pero no juzgó conveniente referirnos mas, detenido sin duda por su profunda humildad, porque al indicar sus combates nos habria hecho sabedores de sus victorias.

CAPITULO III.

Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.



EA COSTUMBRABA Felipe diariamente
implorar la gracia del Espíritu Santo, y
lo diré de una vez, desde que reci-

bió la dignidad del sacerdocio, nunca dejó, excepto cuando no lo permitía la rúbrica, de rezar en su misa la oración "*Deus cui omne cor patet, etc.*" y de aquí podrá inferirse el fervor con que pedía los dones del Espíritu Santo cada vez que la Iglesia celebraba la fiesta de Pentecostés. Esto dió lugar á los veinte y nueve años de su edad, á un extraordinario acontecimiento que merece referirse. Meditaba sobre el misterio del día con afectos y deseos incomparables, cuando sintió formarse en su corazón un incendio de amor que no pudo soportar. Echóse por tierra, descubrió su pecho abrasado para aliviar el ardor que lo consumía, y dijo al Señor: "¡Retiraos de mí, Dios mio, retiraos de mí! un hombre mortal no puede soportar tal torrente de alegría celestial; ¡muero si no tenéis consideración á mi miseria." Habiéndose calmado el fuego que lo devoraba, se levantó experimentando un contento extraordinario que le hacía saltar de gozo, espiritual y corporalmente. Obrábase al mismo tiempo un movimiento extraño en la región de su corazón; dirige su mano hacia aquel lugar para cerciorarse de lo que lo motivaba, y encuentra que se había formado una protuberancia. Sin embargo, no le causaba ni le causó nunca algún dolor. Mientras vivió, este milagro, que lo era en efecto, y lo era de los más extraordinarios, permaneció oculto aun á él mismo; pero los médicos lo publicaron y probaron después de su muerte. En efecto, quisieron saber la causa de la protuberan-

cia que veían sobre la parte superior del pecho; y descubrieron dos fenómenos físicamente inexplicables: la cuarta y quinta costillas estaban no rotas ó quebradas, sino artísticamente divididas, y las fracciones encorbadas por la parte superior, de modo que dejaban entre sí un intervalo muy considerable. Esta división se había efectuado sin accidente ni dolor, supuesto que el santo al palpar el tumor, no pudo adivinar la causa, y durante cincuenta años que vivió después, no advirtió incomodidad alguna. A este primer fenómeno, se juntó otro; y es que el corazón se dilató de tal modo, que llenó el hueco que había dejado la división de las costillas.

Cuanto á los efectos que resultaron de este milagro, he aquí lo que opinaron los facultativos. En el momento en que se obró, el siervo de Dios experimentó una palpación de corazón extraordinaria que le duró toda su vida, aunque no siempre en el mismo grado. Era suave ordinariamente; pero se aumentaba de una manera muy fuerte cuando el santo oraba; ofrecía el santo sacrificio de la misa, anunciaba la palabra de Dios, ó administraba los sacramentos. Entonces le parecía que el corazón iba á salirse del pecho, y su cuerpo se estremecía de tal modo que todo temblaba á su rededor. Si abrazaba á alguno que venía á visitarle, lo que hacía muy ordinariamente y de una manera muy afectuosa, el que le visitaba recibía como un sacudimiento eléctrico, acompañado de

una no acostumbrada dulzura espiritual: y si acontecia que por casualidad algunos de los que recibian de él esta muestra de cariño, estuviesen tentados, desaparecia la tentacion al momento. He aquí en apoyo de esta verdad, algunos testimonios dignos de fé.

Tiberio Ricciardelli, canónigo del Vaticano, habia sido durante cuatro años discípulo del santo, cuidando de su cuarto y sirviéndole con tierna veneracion. Mas tarde, llamado como testigo en la causa de su canonizacion, depuso lo siguiente: "Cuando yo servia á este dichoso y bienaventurado padre, un dia me asaltó una horrible tentacion de impureza; corrí á él espantado y echándome á sus pies, le di cuenta de mi afliccion. Eso es nada hijo mio, me dijo, ven á abrazarme y serás curado. Arrojéme á sus brazos, y me estrechó á su pecho cariñosamente. Esto fué lo bastante para extinguir el incendio que me abrasaba, y desde entonces no he vuelto á sentir el peligroso ardor de aquellas llamas infernales: por el contrario, se encendió en mi corazon un fuego de amor divino que de tal suerte me atrae á la oracion, que no me puedo saciar de ella." Marcelo Vitellescio, patricio romano y canónigo de Santa Maria la Mayor, atestiguó que al recibir del santo esta demostracion de amistad, se disipaban sus tentaciones, dando lugar á una extraordinaria alegría.

Este ardor divino, que experimentaba el siervo de Dios, no se limitaba puramente á su alma, salia

tambien á su cuerpo, teniendo en el rigor del invierno y bajo los hielos de la vejez que salir á buscar el aire fresco en lugar de aproximarse al fuego: muchas veces á media noche tuvo necesidad de abrir la puerta de su ventana y de agitar un lienzo que sirviéndole de aventador, le moderase aquel calor sofocante. Otras se vió obligado á beber un poco de agua fria para humedecer su garganta, seca con las abrasadas exhalaciones que como de un horno salian de su corazon. Ordinariamente dejaba entreabiertos sus vestidos sobre el pecho, y cuando por causa de estar helando se le decia que se cubriese, se escusaba diciendo: "Me sofoco." No era solamente dentro de casa donde él andaba de esta suerte, sino tambien en las calles bajo la lluvia y la nieve, á pesar del viento mas helado del norte, y cuando sus compañeros envolviéndose en sus capas aun tiritaban, él se sonreia y les decia cariñosamente: "¿No os avergonzais de temblar de frio, vosotros que aun sois jóvenes, cuando los viejos se abrasan de calor?"

De aquí provino que en sus enfermedades se vieron obligados los médicos á recurrir á los remedios mas refrigerantes. Todos sus achaques, en efecto, procedian de aquel calor estremado; y de aquí resultó muchas veces que se le aplicaron medicinas que le hicieron mas daño que provecho, porque no se habia conocido la principal causa de su enfermedad. Felipe hubiera evitado estos inconvenientes declarando al médico lo que él sa-

bia muy bien por experiencia; pero repugnaba á su humildad confesar una gracia tan privilegiada. Sometiase á sus órdenes y se contentaba con decirle en tono de chanza: "Cuánto á los síntomas está bien, respecto á la causa ruego á Dios os la haga conocer." Sin embargo, algunas veces se le escapaba este secreto; porque en el fervor de la oracion solía decir: "Estoy herido de amor." Otras ocasiones, y no eran raras, no pudiendo soportar las delicias celestiales, se echaba en su cama, y se ponía en estado de poder decir con la Esposa de los Cantares: Sostenedme entre flores, fortificadme con frutos; porque desfallezco de amor (Cant., 2, 5). En uno de estos momentos de amorosos deliquios, para ocultar su causa, dijo á un amigo suyo que se encontraba cerca de su lecho: "Yo conocí á un religioso franciscano que desfallecia de amor, y murió consumido de este fuego divino. Esto era mejor, ciertamente, que no estar consumido como yo lo estoy de no sé qué enfermedad que padezco desde mi infancia."

Si es cierto que él no podia resistir á esta enfermedad de amor, no sucedia lo mismo respecto de la palpitation del corazon de que hablé antes. ¡Cosa admirable! estaba este insigne favor tan sujeto á su poder, que era dueño de hacerlo cesar cuando queria. Esto lo confesó un dia al cardenal Borromeo, hijo suyo querido y uno de sus mas íntimos confidentes. Este lo refirió así á dos hábiles médicos que entonces le asistian y que fue-

ron de opinion que aquella palpitation no era natural ni contranatural, sino sobrenatural. Otros cinco famosos facultativós, á quienes antes se habia consultado, afirmaron de comun acuerdo, que este accidente era puramente milagroso. Y ¿cómo dudar de ello, atendiendo á la ruptura de las dos costillas que no podia tener otra causa que una operacion divina? Es evidente que ella se verificó para dar lugar al corazon á que pudiese latir sin dolor y sin peligro de un modo extraordinario, y recibir mas facilmente un aire fresco. Prueba esto, que era en él la arteria aorta mucho mas gruesa que el doble de la de los demas hombres. Su corazon tambien habia adquirido una dureza extraordinaria, que no puede haber tenido otro objeto que el que pudiese sufrir el estremo calor que depositaba, como si fuese un horno encendido, y lo violento de su palpitation.

No fué ésta la única gracia que Dios le dispensó en aquel dia de Pentecostes. Recibió tambien al mismo tiempo un deseo tan vivo de trabajar por la salvacion de los prógimos, que llegó á comprender que esta era su vocacion. Por consiguiente, abandonando su soledad, comenzó á aparecer en público, á donde creía poder hacer mucho bien. De aquí es, que iba diariamente al barrio de los mercaderes florentinos, trababa con ellos conversacion, y manejaba sus corazones tan diestramente, que unos se convertian y otros se transformaban en hombres espirituales. Para ganar á

los jóvenes, los esperaba al salir de las casas de estudios, se hacia de su amistad con el encanto de su conversacion, y trabajaba en seguida en su reforma. De esta manera convirtió á Enrique Petra, quien, andando el tiempo, llegó á ser un santo sacerdote, y el director de una congregacion de catequistas, cuyos trabajos obtuvieron los mas felices resultados. Otra de sus conquistas fué Theseo Raspa, que se constituyó compañero de su celo, y murió santamente en la congregacion del Oratorio. Juan Manzoll, movido por sus exortaciones, renunció valerosamente á grandes riquezas, por adquirir los bienes eternos. A estas conversiones siguieron otras muchas de que hablaré despues.

No era, sin embargo, este ministerio por el que suspiraba Felipe: él anhelaba por pecadores, es verdad; pero queria grandes pecadores que satisficiesen su celo. Dedicóse, pues, á buscar á estos hermanos desgraciados, trabó amistad con aquellos que correspondieron á sus insinuaciones, y logró atraer un gran número de ellos á la virtud. Solo las mugeres se excluyeron entonces de sus solicitudes. Se sentia muy joven aún para abordar un ministerio tan peligroso. Sin embargo, algun dia llegará su vez, como adelante veremos.

Entre los pecadores que él sacó del cieno de la culpa, hubo uno cuya conversion referiré, para dar idea á mis lectores de la habilidad de nuestro pescador de hombres. Este desgraciado, aunque

de un ilustre nacimiento, se deshonraba hacia algun tiempo por una vida sumamente depravada. Teníanle aprisionado en sus redes dos demonios poderosos; el de la impureza y el de la avaricia. Su confesor, despues de ensayar inutilmente la virtud de los sacramentos, acabó por negarle la absolucion. Afligióle profundamente este rigor, y su pesar llegó á inspirarle un paso que le fué saludable. Va á ver á Felipe, le dá parte del motivo de su dolor, y le ruega que se interese en su suerte, socorriéndole con sus oraciones. Movido á compasion el siervo de Dios, comienza por consolarlo; en seguida, como le ve flotante entre los deseos de su conversion y el afecto á los objetos de sus pasiones culpables, le anima diciéndole: "Vamos, hermano mio, tened confianza; yo me encargo de vuestro negocio con Dios; yo le rogaré y le suplicaré que se apiade de vos, hasta que haya roto vuestras cadenas. En efecto, fué tan eficaz su oracion, que á pocos dias se cambió completamente el corazon del joven: se separó de la ocasion de sus crímenes, recibió la absolucion y se aprovechó de tal suerte de los consejos del santo, que fué en pocos dias un cristiano ejemplar.

No podia el demonio sufrir tantas pérdidas sin aborrecer de muerte al que se las ocasionaba. Determinó perderle tendiéndole un lazo en el ministerio de su caridad. Dos hombres de costumbres perdidas, fueron á verlo un dia con la depravada intencion de conducirle á participar de sus desor-

dénes. El asalto fué uno de los mas crúdos, porque no perdonaron ninguno de los medios que el infierno pudo sugerirles: pero ¿qué puede todo el abismo contra un soldado de Jesucristo que no se espone al peligro sino por orden de su capitán? Obligado Felipe á oír sus pestilentes discursos, cerró á ellos su corazón, é imploró los socorros de la divina gracia; y pintó en seguida con tanta fuerza y suavidad, la belleza y nobleza de la virtud, juntamente con lo horrible y torpe del vicio, que los que creían vencerle salieron vencidos, y dichosamente atraídos al bien.

Difícil sería enumerar todos aquellos á quienes Felipe, aun siendo secular, hizo que abrazasen los consejos evangélicos. Poblábanse los monasterios de diversos órdenes con los reclutas que él les enviaba. Por este motivo San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus, le llamaba con mucha gracia Felipe *Campana* y he aquí como esplicaba su pensamiento: "Así como, decia, una campana de iglesia llama á todo el mundo á que entre al templo y se queda ella en su torre, así tambien este hombre apostólico, hace entrar en religion á los demas, quedándose él en el siglo." Este gran santo quiso comprometer muchas veces á Felipe, á que entrase en su Compañía, pero siempre inutilmente. Mas no vaya á creerse que la resistencia de Felipe fuese por falta de veneracion al santo fundador, ó porque estimase poco su orden; no ciertamente, sino porque era su voca-

cion hacer que fuesen otros religiosos sin serlo él: Mas luego que llegó á convencer de esto á su ilustre amigo, este dejó de instarle.

No podian desecharse impugnemente los consejos de este hombre de Dios. Observaron muchas personas, que todos aquellos que reusaron rendirse á sus exhortaciones, no pararon en bien.

He aquí de ello dos ejemplos: Un sábio, cuya vida lo era todo, menos cristiana, se encontró un dia con nuestro santo, y este le instó vivamente á que hiciese penitencia. Este hombre soberbio y endurecido, le contestó que no queria hacerla y se retiró en seguida: aquella misma tarde fué asesinado. Otro pecador á quien el santo suplicaba encarecidamente se reconciliase con Dios, no quiso prestarse á sus caritativas instancias: ocho dias despues fué preso por la justicia y condenado á muerte. Salváronle del cadalzo algunos amigos poderosos; pero en cambio de una prision perpetua é infamante.

El celo de Felipe por la salvacion de las almas no le hacia olvidar las obras corporales de la caridad. El sabia muy bien ejercitarse en unas, sin omitir las otras. Eran necesarios grandes inconvenientes para que dejase de ir diariamente á los hospitales; este era el lugar de sus delicias, porque aquí encontraba al mismo tiempo miserias espirituales y corporales que curar, lo que ciertamente era un verdadero festin para su caridad. Ocupábase allí en barrer las salas, en hacer las camas,

en curar las llagas de los enfermos, y en ministrales las medicinas prescritas; pero no eran estos oficios mas que la menor parte de sus servicios. Consolaba en sus tristezas á unos, sostenia la paciencia de otros, exhortaba á estos al arrepentimiento de sus pecados, á aquellos á la confianza en la bondad divina; se fijaba en el lecho del que agonizaba y permanecia con él hasta que habia entregado su alma al Criador. Esta conducta excitó desde luego la admiracion pública, confirmando la opinion que desde mucho antes se tenia de su santidad. Acudíase en tropel á este teatro de sus virtudes para edificarse con tan bello espectáculo. Hizose mas todavia; imítosele. Clérigos, seculares, jóvenes y ancianos, los mismos nobles se derramaron en los hospitales de la ciudad, y repitieron con santa emulacion lo que veian hacer al siervo de Dios. De aquí tuvo su origen la institucion de los clérigos reglares para el cuidado de los enfermos, que á muy poco tiempo se estableció en Roma, teniendo por fundador á S. Camilo de Lelis, uno de los discípulos de nuestro santo, quien sin duda lo dirigió en esta bella empresa. Por lo mismo tuvo siempre para con estos nuevos religiosos, un corazón de padre. Se complacia en verlos en sus trabajos, los visitaba muy frecuentemente, los animaba con sus poderosas exhortaciones, y en una ocasion les dió parte de una vision relativa á su edificante ministerio. “¿Quereis saber, les dijo, cuánto agrada á Dios vuestra caridad? Yo he

visto, y os lo digo con toda verdad, á dos de vosotros rodeados de angeles que os sugerian lo que habias de decir á los enfermos, para bien de sus almas.”

CAPITULO IV.

Establece Felipe la congregacion de la Santísima Trinidad. Es promovido á los Sagrados ordenes, y entra en la casa llamada de San Gerónimo.



LA caridad siempre activa de Felipe, encontró aún necesidades que remediar. Tratóse de abrir un asilo á los convalecientes que salian de los hospitales, y á los peregrinos pobres que acudian de todas partes á esta gran ciudad. Manifestó este proyecto á su confesor Persiano Rosa, sacerdote de alta virtud, quien agradado de él, convino aquel mismo dia, es decir, el 16 de Agosto de 1548, formase Felipe, con los dos objetos indicados, una asociacion de hombres caritativos, bajo el título de la Santísima Trinidad. He aquí cuales fueron los principios de esta grande obra. Obtuvo el siervo de Dios la iglesia de San Salvador, el campo y casa

3